

Llegaron con la niebla,
y de ella hicieron su hogar

HIJOS DE LA NIEBLA

2ª edición

Fco Javier Olmedo Vázquez

HIJOS DE LA NIEBLA

Francisco Javier Olmedo Vázquez

2ª Edición revisada

© Reservados todos los derechos

Autor: Fco. Javier Olmedo Vázquez

Edición: Amazon Self-publishing KDP

Cubierta: Fco. Javier Olmedo Vázquez

ISBN10: -

ISBN13: -

Primera edición publicada en Mayo de 2016

Segunda edición revisada publicada en Septiembre de 2018

SINOPSIS

Una modesta obsesión, una simple llamada de teléfono y un sencillo viaje en coche. Esa es la inofensiva tríada que dejará a Louis a las puertas de los lugares más inhóspitos y remotos de la consciencia del hombre, donde la realidad se presenta en su estado más crudo y primigenio. La incompreensión propia de una mente aséptica, la angustia ante lo imposible y el horror de lo inverosímil serán sus más íntimos y fatales compañeros de viaje.

Con este relato corto, el autor hace un guiño a los insondables misterios de esa realidad «auténtica» que el gran maestro Howard Phillips Lovecraft nos presentó a través de su fantástica y a la vez demencial cosmogonía, y que otros grandes de la literatura fantástica y de terror han ido enriqueciendo a lo largo de los años.

«llegaron con la niebla, y de ella hicieron su hogar».

Jamás fui muy resuelto en la interpretación de mapas. Quizás, alguna suerte de neurona defectuosa debió instalarse en mi cerebro al nacer que se cortocircuitaba cada vez que mis ojos trataban de ubicar mi posición en un plano. Ya se lo comenté a mi hermano cuando me proporcionó la ruta para llegar hasta Kingstown.

Ese año me había propuesto satisfacer por fin una de mis muchas y raras obsesiones; en esta ocasión pretendía completar la última de mis colecciones de sellos de la Reina Victoria de finales del siglo XIX. A pocos días de que las aguas del año nuevo derribaran con un golpe de realidad ese dique de falsos propósitos que levantamos en épocas navideñas, mi teléfono sonó con la llamada de uno de mis contactos en Boston adelantándome la buena nueva.

«¡Al fin!», me dije.

En menos de un par de horas ya me hallaba recorriendo millas dirección a Kingstown: la reunión sería a primera hora de la mañana del día siguiente, por lo que trataría de pasar la noche en la misma ciudad.

¡Ja!

En realidad, todo era una argucia maligna que mi burlón destino me había preparado para enfrentarme a una experiencia tan aterradora, que mi limitada imaginación jamás hubiera sido capaz siquiera de bosquejar; una vivencia de cuya tóxica impronta aún no he logrado del todo desprenderme, ni creo que pueda hacerlo nunca hasta que el último de mis días se consuman.

Todo comenzó a la caída de la noche.

Después de dar varias vueltas sin éxito a ese rudimentario plano de carreteras que mi hermano me había facilitado, todavía intentaba descifrar si lo estaba viendo del derecho o del revés según el curso de mi avance. Si sumamos esa dificultad a la escasa aparición de indicaciones hacia mi destino que pude interceptar a lo largo del viaje, resultaba de una evidencia categórica que no sería capaz de evitar algún tipo de extravío.

Cuando quise darme cuenta me encontraba circulando por una carretera

que, de transformarse en calzada, tornó de repente en camino; y de camino, en sendero. Mi coche daba brincos a un lado y a otro. Esquivaba baches, esquivaba socavones; chapoteaba escandalosamente sobre charcos y sobrepasaba con brusquedad cantos rodados y enormes pedruscos. Si las cabras organizaran un concurso para nombrar el más adecuado de los caminos, ése sería sin duda uno de los candidatos favoritos.

Por estar más atento a la orografía del terrizo que se escurría bajo mi vehículo que de lo que estaba ocurriendo frente a mis narices, no reparé en que a cada giro completo de las ruedas del coche me introducía más y más en la espesura de un frondoso bosque que por esas horas ya sofocaba la luz del ocaso; un atardecer que desde hacía ya bastantes minutos se empeñaba en calentar mi mejilla izquierda.

Las copas de los árboles hilaban la atmósfera con los finos halos de luz crepuscular que se filtraban a través de los enmarañados ramajes; como una suerte de tela de araña dorada de vaporosa consistencia. Poco a poco, la bruma etérea que manaba de la naturaleza comenzó a transfigurarse en una neblina cenicienta la cual, en poco menos de una decena de pies, acabó de súbito tornada en una niebla tan densa y cerrada que juraría que el vehículo sería incapaz de atravesar.

El halo ambarino de los faros del coche se reflejaban en todas direcciones convirtiendo el vehículo en una bola resplandeciente en movimiento. Seguir hacia delante se me antojaba una locura, una invitación directa al inevitable extravío; así que decidí luchar contra la evidencia y retrocedí.

«¿En serio?», pensé.

Debía de haber recorrido ya marcha atrás, al menos, el doble de lo que había avanzado tras atravesar ese muro de aire plateado, y sin embargo, la niebla no cedía ni un ápice. Continuar retrocediendo también se había vuelto un acto de temeridad, por lo que opté por apagar los faros, detener el motor, y esperar.

Pasé alrededor de media hora dentro del vehículo intentando sin éxito sintonizar alguna cadena de radio que me distrajera un poco de mis atribulados pensamientos. La niebla no remitía ni un ápice en su densidad; la escasa luz del ocaso que la espesa bruma dejaba traspasar me animaba a buscar rápido alguna alternativa, así que me armé de valor y me apeé del vehículo. Trataría de alcanzar a pie el núcleo de civilización más cercano, contando con que la diosa fortuna decidiera concederme su gracia esa noche creciente...

Ingenuo.

Por muy agreste que me resultara, la tierra que embarraba las suelas de mis zapatos no podía pertenecer a otra cosa que a un tosco un camino, y los caminos siempre terminan desembocando en algún lado... Tenía que aligerar el paso si no quería que la noche me atrapara.

El atardecer moría por momentos mientras mi corazón se estremecía al mismo ritmo que la noche se despertaba. Apreté mi marcha lo más que pude esperanzado en ese avejentado cartel con el que me había topado mientras conducía algunos cientos de pies detrás de mí:

FOGSVILLE — 1 Milla

Una angustia desconocida comenzaba a agitar mi corazón. No oía nada distinto de la propia naturaleza, no veía nada diferente de la palidez omnipresente; y sin embargo, sí lograba sentir el influjo de una multitud de presencias que me escudriñaban desde la penumbra.

En la distancia, aún difusas, creí descubrir unas titilantes luces muy similares a los farolillos de aceite típicos de los años pasados, esos que nuestros padres usaban en sus no tan lejanos tiempos de austeridad eléctrica.

Por un momento me detuve para sacar un pequeño guijarro que se había colado sin permiso en el zapato derecho. Todavía en cuclillas, esa incómoda sensación de etérea compañía que poco antes había asaltado mi corazón se volvió de repente más intensa. Un escalofrío húmedo y repentino acariciaba con sus fríos dedos toda mi espalda: mi alrededor me presentaba el aterrador espectáculo de un sinfín de gruesos troncos que se desvanecían consumidos por esa bruma siniestra que se empeñaba en cegarme. El suelo bajo mis pies aparecía salpicado de charcos y de lodo, muy de seguro, a causa de la omnipresente humedad que ese océano ceniciento proporcionaba por su condición natural. Y ese pausado vaivén de las ramas de los árboles medidas por la brisa de la noche... Me embriagaba los sentidos hasta el extremo de perder por unos instantes la noción del tiempo y del espacio.

Todavía me hallaba agachado sobre mis talones tratando de encajar el zapato sobre mi pie, cuando la piel de mis espaldas se erizó como el lomo de un puercoespín al sentir el tropiezo de un gélido susurro femenino contra mi oído izquierdo.

No alcancé a comprender lo que esa voz trató de decirme, lo único que puedo aseverar es que salté catapultado hacia delante y me giré tratando de

localizar a la promotora de ese terror instantáneo que ahora me paralizaba. Sólo pude adivinar una oscura silueta que se desvanecía veloz entre la niebla.

Miré en derredor, empapado por un sudor frío que quedaba nutrido por el horror más primitivo. Y otro murmullo indescriptible arrullando mi oído contrario. Y otro más... Me vi forzado a alargar el brazo y agitarlo con la esperanza de agarrar a alguien, ¡o a algo! Y por Dios juraría que logré tocar alguna materia diferente de ese saturado aire que respiraba; algo que se deshacía entre mis dedos como una suerte de vapor espeso. Y sin embargo, nada pude hallar distinto de otra escurridiza sombra que se desvanecía entre la pálida homogeneidad. Giré sobre mis pies y salí disparado hacia esos tímidos destellos titilantes que aún se adivinaban en la distancia.

Al fin pude confirmar el origen de los resplandecientes fulgores. Y es que la niebla quedaba sofocada de repente en el límite justo en el que el bosque terminaba, como una suerte de muralla plomiza que levantaba el límite entre dos mundos incompatibles. Al borde mismo de la noche creciente, un destartado cartel casi ininteligible ponía el punto y final a mi persecución imaginaria.

Fogsville.

*

Comencé adentrándome por la primera de sus estrechas avenidas. Se me antojaba como una ciudad detenida en el tiempo, paralizada en los finales del Siglo XIX. Las calles, conformadas de orondos adoquines amalgamados y protegidas por acerados de baldosas enmohecidas por la humedad, marchaban hacia el centro de la villa como un río de roca encauzado a través de muros de sillares de piedra gris, cubiertos por una verdina de color intenso que inundaba toda piedra que mis ojos contemplaban.

Resultaba perturbador comprobar la total ausencia de ventanas en todas y cada una de las viviendas. Las casas se adivinaban adosadas unas junto a otras constituyendo un muro común sobre el que se repartía una colección de puertas que invitaban a pensar en la existencia de hogares independientes. A ambos lados de la calle, la misma imagen.

El tímido resplandor de los farolillos de aceite fue lo único que en ese instante me llevó a pensar que no me encontraba en una villa abandonada, pues, para mi temor, aún no me había topado con ninguna forma de vida. Al menos, no una que se hallara fuera de la densa niebla... Tan sólo sentía un

frío angustiante y una humedad tan penetrante, que incluso concluí que debería ser nociva para la salud de los lugareños.

Los tejados se encontraban formados por tejas oscuras en un ligero ángulo de inclinación. Para mi sorpresa —y, a la vez, tranquilidad—, en algunas de las casas se observaban pequeñas chimeneas que humeaban con fervor, así que anduve un poco más a través del monótono paisaje hasta que alcancé una plaza con una modesta fuente circular; un ornamento sin agua, enmohecida. Anegada por el musgo e inundada por el légamo. Como todo en esa villa endemoniada.

Elegí al azar una de las simétricas calles que divergían desde la solitaria plaza y avancé cauteloso sin dejar mis espaldas olvidadas. El frío y la humedad seguían helando mis huesos, por lo que apremiaba llamar a la primera de las puertas tras la que se intuyera algún corazón latiendo. El humo de las chimeneas actuaba como balizas de esperanza para mi incipiente pesimismo.

Castigué la puerta tres veces; una puerta de madera oscura carcomida por la humedad que parecía resquebrajarse tras cada uno de mis golpes. Detenido frente al umbral, esperaba tratando de abrigar mi cuerpo con el calor de mis propios brazos sin dejar nunca de vigilar el vacío que se abría a mis dos costados. Por suerte, desde el momento en que terminé de bucear bajo la sombra ese ignoto océano de palidez, las insoportables presencias parecían haber desaparecido.

Poco antes de que mi paciencia terminara por agotarse, a mis oídos llegó el crujido de un portón que se abría a las espaldas del umbral principal de la vivienda. De súbito, otro inesperado estrépito apareció rugiendo detrás de la puerta, forzándome a dar un respingo hacia atrás por el sobresalto. Se me antojó como el ruido de una masa de agua proyectada contra la propia madera que me separaba del interior, pues incluso intuí una fina película de líquido resbalando por debajo del portón. De inmediato, un nuevo chapoteo; esta vez, contra una pared. Y otro igual sobre la de enfrente. La puerta se entreabrió entonces con timidez y dejó a la vista los ojos de un señor envejecido más por el lóbrego embrujo del entorno que por el paso de los años.

—¿Qué demonios hace usted a estas horas andando por la calle, por el amor de Dios? —El anciano me acusó con el ceño fruncido.

—Perdóneme, caballero —le dije—. Soy viajante y he tenido que dejar mi coche a media milla de aquí a causa de la espesa niebla.

Me sorprendió ver cómo el horror se adueñaba de su rostro tras

pronunciar la palabra «niebla». El desdichado quedaba de repente absorto, contemplando el suelo recién empapado, con la mirada perdida como un demente al que se le recuerda su trauma.

—Me preguntaba si hay por aquí algún lugar en el que pudiera pasar la noche —añadí—. Mañana continuaré con mi ruta cuando la niebla haya remitido.

—¿Remitir?! —El viejo salió de repente de su trance—. No remitirá nunca, señor. Nunca... Pero, ¿cómo ha llegado usted hasta aquí?

—Me extravié. Me dirigía hacia Kingstown.

—Señor. Kingstown lo dejó usted muy atrás. A unas diez millas de este maldito lugar —me corrigió el anciano—.

—¿A diez millas? —No recordaba haber encontrado ningún desvío hacia mi destino—. ¿Dónde?

—Ehhh... No. Creo que no —sentenció—. Nunca lo he visto... ¿O sí? No lo recuerdo. Creo que nunca he salido de este lugar, creo... Espere, a lo mejor... No. No lo recuerdo —esta vez su rostro adoptaba una mueca de religiosa resignación—. Es esta maligna bruma... Nos nubla la memoria.

Durante uno instantes me quedé parado ante él, en silencio, en la calle, abrigándome como podía y tratando de contener las tiriteras que cosquilleaban mis músculos. Sin apenas pensarlo, el hombre abrió la puerta por completo y se dirigió hacia el interior de su casa. Aunque no me hizo ningún gesto, lo tomé como una muda invitación.

Entré con cuidado cerrando la enmohecida puerta detrás de mí. Ahí fue que comprobé que, tal y como había intuido a mi llegada, el anciano llevaba un cubo de agua en cada mano; un par de baldes que ahora se me antojaban casi vacíos. En menos de lo que dura un suspiro, el hombre giró sobre sus pies y vació el resto del contenido de los recipientes contra la puerta que yo acababa de cerrar. Aún me admiro de haber resultado capaz de esquivar el remojón. Las paredes se hallaban tan colmadas de agua como lo estaban el suelo y el mismo umbral. El misterioso inquilino abrió la puerta interior y se adentró de inmediato en su penumbrosa vivienda.

Parecía vivir solo. El salón era pequeño pero acogedor, muy poco húmedo a diferencia del exterior y del regado vestíbulo de la entrada. El suelo se hallaba cementado con amplias baldosas de la misma roca plomiza que conformaba las paredes que daban a la calle. La estancia se adivinaba salpicada por un austero mobiliario de madera de roble deslustrada que se arremolinaba en torno a una chimenea de granito recién encendida, fuente de

la única luz que iluminaba el modesto salón.

El anciano me invitó a acercarme al fuego mientras removía las ascuas con un carbonizado atizador de metal. Se dejó caer con pesadumbre en una vieja mecedora que esperaba paciente frente a la hoguera que acababa de alimentar, y quedó perdido en los caprichosos reflejos que las llamas dibujaban sobre los oscuros ladrillos tintados de hollín.

—Disculpe, caballero. ¿A qué se ha referido con que nunca remitirá? —le dije sin apartar mis ojos de los suyos.

Al comprobar su aparente indiferencia me incorporé un poco y agaché mi cabeza tratando de enfrentar mi mirada con la suya, pero el viejo continuaba ensimismado en el fuego del hogar.

—Hace tiempo que no tenemos extranjeros aquí... Bueno, creo que no hace tanto. Creo que fue... A ver... No lo recuerdo bien. Desde la última vez... Desde aquella familia...

—el anciano parecía no lograr articular sus pensamientos. Su voz me resultaba casi inaudible.

—¡Qué! —Respondí nervioso, empujado por la angustia más que por la curiosidad.

—Nada...

Entendí que no pretendía continuar la conversación, así que decidí acompañarle en su trance de llamas y sombras.

—Debe irse del pueblo, señor —me hablaba aún con la mirada perdida—. Sólo nos traerá problemas... ¡Problemas! Como la vez anterior. ¡No, señor! No queremos más problemas.

—Me llamo Louis. Discúlpeme pero...

—Eso a ellos no les importa —me impidió continuar.

—¿A ellos? —respondí, aturdido.

El anciano asintió de un modo casi imperceptible sin dirigirme en ningún momento ni una sola mirada. Y sin embargo, un frío salpicado de humedad sacudía de nuevo todos mis huesos.

Sobre mi corazón aterrizó una indescriptible aunque familiar sensación que me obligó a girar la cabeza en dirección a esa puerta tras la que se abría un angosto vestíbulo empapado. Un rumor monótono y profundo comenzaba a colarse en nuestras mentes manando desde el exterior; como una suerte de susurro quejumbroso que trataba de emponzoñar nuestras esperanzas.

El rostro del anciano quedó inundado por una mueca de pavor absoluto. Tras un inesperado sobresalto, el hombre se lanzó trastabillando hacia un

cuartucho apartado en el extremo opuesto de la vivienda. Aún sentado, y sin dejar de mirar hacia la puerta del exterior, escuchaba cómo el viejo luchaba por colmar de nuevo las cubetas con agua tan rápido como sus artríticos dedos le permitían. Con el agua todavía resbalando por los filos de los baldes, el anciano se dirigió a toda prisa hacia el vestíbulo, exhausto por el peso del líquido que transportaba. Dejó los cubos en el suelo y arrastró la primera puerta. Yo lo observaba desde mi cómoda posición, atónito. Y de inmediato, agarró uno de los recipientes y arrojó todo su contenido sobre las el suelo.

¡Chof!

El otro, contra las paredes.

¡Splash! ¡Splash!

—Debe irse de aquí, por favor.

El anciano parecía muy excitado, incluso demostraba una suerte de aversión contenida hacia el umbral de la calle.

—Pero ¿dónde voy a pasar la noche? —respondí con desesperanza.

Me encontraba desamparado. El terror que ese viejo demostraba con su actitud me infectaba como una enfermedad virulenta para la que no existiera un remedio.

—En la calle de la iglesia hay una posada. Pregunte allí si le quieren acoger. Pero ahora márchese, por el amor de Dios.

—¿Pero dónde puedo encontrar esa calle? —cuestioné alterado mientras me dirigía hacia el exterior impelido por el repentino e inapropiado vigor que el hombre empezaba a mostrar.

—Siga esta avenida hacia la izquierda y camine hasta a la plaza de la fuente. Mire los carteles que cuelgan en las esquinas de las calles. Pero váyase ya, por caridad.

El hombre me dejó encerrado en el vestíbulo con un incómodo empujón, y la puerta de acceso a la vivienda quedó cerrada de un rotundo golpe a mis espaldas.

Me dejó a oscuras, con dos gruesos portones a mi norte y a mi sur, y dos paredes empapadas a mi este y mi oeste, tiritando por el frío y el exceso de humedad.

A tientas palpaba la madera tratando de hallar el picaporte cuando, del mismo que antes ocurriera, ese murmullo del inframundo volvía a tomar las riendas de mi valentía. Entreabrí la puerta, tembloroso; tan lenta y delicadamente como el légamo y las oxidadas bisagras me consentían. Y sin embargo, la instantánea que se presentó ante mis ojos confundidos resultaba

tan espesa como turbio iba tornándose mi destino.

La niebla cerrada inundaba ahora todas las calles de la villa; apenas alcanzaba a percibir el fulgor de los farolillos de aceite que alumbraban las travesías. El color cenizo reinaba sobre todo mi alrededor. La humedad resultaba cada vez más insoportable.

«Quién no arriesga, no gana», me dije tratando de insuflar algo de valor artificial en mis resentidos huesos. Así que arranqué la marcha hacia esa plaza que ahora resultaba invisible a través de la densa bruma.

Mis pasos chapoteando sobre el empedrado resonaban en el silencio de la noche como un eco de grotescos gorgoteos preternaturales. La espesura se me presentaba misteriosa y perturbadora. Podía sentirla de igual modo con mis ojos que con mis oídos; de igual modo con mis fosas nasales que con mis manos. El olfato quedaba saturado por un suave hedor a pasto en descomposición, mientras que el peso de la bruma acariciando mi piel lo percibía como un arroyo manso que rodea una roca con delicadeza. Y el rumor... Ese rumor... Ese susurro grave que llegaba armonizado desde la lejanía por agudas notas apenas audibles, pero que te invitaban a imaginar secretos espantosos ocultos entre las sombras...

Caminaba sin dejar de otear a mi alrededor, marchando entre las guías que me proporcionaban las líneas de farolillos que pendían herrumbrosos sobre las paredes. Más allá del tenue resplandor anaranjado de las candelas de aceite, mis ojos no alcanzaban a percibir cosa distinta de esa etérea oscuridad sembrada de cenicientos matices. A veces, el viento llegaba cargado de murmullos ininteligibles; otras, me juraba haber cazado con la mirada una sombra que atravesaba la densa lejanía. Así, hasta que sentí de nuevo ese helador arrullo infiltrándose entre los asépticos muros de mi raciocinio.

El terror inyectó mis músculos con una dolorosa dosis de energía y mis piernas empezaron a lanzar zancadas como un corredor de élite. Mis narices podrían acabar estampadas contra la primera pared que se interpusiera entre mi explosivo esprint y yo, pero eso ya no importaba. Lo único que me interesaba en ese momento era alejarme de ese murmullo enloquecedor que acariciaba mi nuca.

Y entonces tropecé.

Y entonces me caí.

Acabé derribado de bruces sobre la pátina de légamo que inundaba el mohoso fondo de la fuente de la plaza: mi estómago proyectó una náusea ácida sobre mi gástrico que apenas fui capaz de contener.

Con esfuerzo me levanté y traté de limpiar el limo de mi cara y mis manos con mi propia ropa. Al menos, el impacto no había grabado sus consecuencias en mi cuerpo más allá de un par de magulladuras en las palmas de las manos y un hematoma en la espinilla. Así que empecé a tantear cada esquina con los ojos entre la niebla y la oscuridad a la caza del nombre de la calle que el anciano me había indicado. Y ahí estaba: «de la iglesia». En un cartel carcomido por la indiferencia del tiempo. De nuevo seguiría la línea de farolillos hasta que diera por fin con la maldita posada.

A poco más de cien pies recorridos desde la mohosa fuente, un tosco letrero parecía adivinarse tímidamente iluminado por un par de lamparillas de aceite. Entre la bruma se leía el nombre de «El Grajo Amarillo», así que me aproximé a toda prisa hacia su puerta y me propuse arrojarle unos cuantos golpes con fervor. Al poco, otro portón se escuchó abriéndose tras la madera. Los goznes oxidados crujían estrepitosamente antes de dar paso a la apertura del local. Frente a mí, un hombre grueso, de mediana edad, uniformado con delantal de tela oscura y un cucharón en su mano derecha, enfrentaba contra mis ojos una mirada tan triste y macilenta como la funesta niebla que ahora anegaba los calles. Me sorprendió, a la vez que espeluznó, el comprobar cómo el lóbrego y estrecho vestíbulo se hallaba tan húmedo y encharcado como lo estuviera el de la casa de ese viejo atormentado.

—Qué desea —el hombre comenzó a hablar después de inspeccionarme sin el mínimo pudor. La hospitalidad no resultaba idiosincrasia de los habitantes de la aldea.

—Hospedaje, señor... —respondí—. Me extravié en mi viaje. Hará una hora más o menos que llegué aquí, y un vecino me dijo que podría darme alojamiento hasta que la niebla amainara.

Quise estudiar su reacción ante tan evidente falsedad. Al igual que el anciano, el regente del negocio esbozó una funesta sonrisa tras escuchar mi comentario.

—Pase. Hablaremos.

*

El interior era mucho más amplio que el tosco salón de la casa del viejo. Por el recinto se repartían varias mesas de madera de buena calidad, rodeadas de sus correspondientes sillas; sin duda el mobiliario había sido muy bien cuidado. El suelo de piedra, muy similar al aspecto de las paredes, se

encontraba cubierto por una gran alfombra de color caoba. El techo se encontraba sostenido por gruesas vigas de una madera oscura y carcomida. Al fondo, una puerta que humeaba nos regalaba el olfato con un delicioso aroma a caldo de pollo. A la derecha, las escaleras subían hasta la planta superior.

—Siéntese, le pondré algo caliente. —El posadero se marchó hacia la cocina.

—Muchas gracias —su hospitalidad me reconfortaba hasta la saciedad.

Al poco regresó con un gran cuenco de un apetitoso caldo humeante. Lo engullí como un pedigüeño que llevara vidas sin arrimar nada a su estómago. El hombre se sentó en una silla frente a mí, preocupado.

—¿Qué diantres le ha traído hasta este maldito pueblo? —me miraba fijamente a los ojos mientras comía.

—La niebla, señor. Era tan espesa que me vi forzado a abandonar mi vehículo para no sufrir un accidente. Comencé a caminar entre la bruma hasta que acabé en este lugar —el hombre observaba mi cuenco con atención.

—Debe irse de aquí cuanto antes —sentenció—. Es lo más aconsejable —el posadero me hablaba con tono paternal, con una mano sobre la mesa y otra apoyada sobre su rodilla.

—Pensaba en pasar la noche y esperar a que la niebla amainase.

—La niebla no amainará, señor. Nunca lo hará —sus palabras llegaban hasta mis oídos cargadas de resignación—. Por eso debe irse cuanto antes.

—Entiendo... Pero, como comprenderá, todo esto me resulta muy extraño. Esa niebla...

—Por lo que yo recuerdo —interrumpió—, la niebla ha rodeado esta villa desde mi nacimiento. Cuentan los más viejos que nuestros antepasados hablaban de una gran montaña que se alzaba colosal junto a nuestro pueblo; un monstruo de roca que un nefasto día se esfumó como si el mismo demonio se lo hubiera guardado en el bolsillo, y en su lugar, como si se tratara de una macabra broma pesada, hubiera optado por dejar ese funesto bosque brumoso que usted atravesó hasta llegar aquí.

El hombre aguardó en silencio durante unos segundos. Parecía estar hurgando en la parte más oscura de sus recuerdos.

—Pero... —farfullé—. Le ruego que me disculpe. Soy un hombre bastante escéptico con este tipo de fantasías folclóricas. ¿Me está usted diciendo que todo un monte desapareció de repente, como si nada?

—¿Escéptico? —respondió—. ¿Acaso no le ha convencido su oscuro

paseo por el bosque?

—Bueno... Lo cierto es que no ha llegado a pasar nada más lejano de escuchar sonidos perturbadores y percibir extrañas presencias —en realidad trataba de engañarme a mí mismo. Si en ese momento hubiera apreciado algún atisbo de complicidad en el rostro del posadero, es probable que me hubiera creído mi propia mentira—. Y, por el amor de Dios, es un bosque al anochecer; no podemos esperar otra cosa de él.

Los ojos del hombre se cerraron y una mueca de tristeza se apoderó de su rostro. En ese momento no fui capaz de reconocer el grado de mi insolencia.

—Muchacho —añadió—, en este mundo ocurren cosas para las que Dios no nos ha preparado; cosas que ni Él mismo hubiera imaginado; cosas más propias del infierno que de la tierra.

»Cuando era yo tan sólo un insignificante crío, mi abuela me contaba cómo veía en las noches de luna llena a las mujeres más infames de las villas colindantes ascender en pagana procesión a la cima de ese monte del demonio. Algunas de ellas, incluso resultaban de sobra conocidas por los lugareños gracias a la altura de sus infamias y a la ignominia de sus actos. Hechiceras promiscuas; pecadoras hijas de Satanás.

»Dicen que subían a la montaña para adorar a dioses olvidados que habitan más allá de las estrellas conocidas; que ascendían para bailar sus danzas demenciales en torno a hogueras negras alimentadas con sus mórbidos deseos; que trepaban hasta la cumbre para aparearse con hombres que eran más bestias que hombres, y con bestias que eran más hombres que bestias. Oficiaban misas paganas para honrar a titanes que hacen de los pozos más profundos de la tierra sus dominios, y que esperan para resurgir de nuevo desde su útero de roca y reclamar lo que por siempre les ha pertenecido. Calcinaban huesos de animales para clamar por los dones de reyes que habitan mundos alejados sumidos en un crepúsculo eterno; incluso se rumoreaba que alguno de nuestros hermanos acabó presa de la seducción de esas arpías de la montaña y terminó como ofrenda de criaturas tan incomprensibles y terroríficas, que su mera descripción haría quebrar los muros que sostienen esta maltrecha casa.

»Y entonces, una noche ocurrió. Una noche en la que el firmamento se abrió. Una noche en la que las estrellas huyeron y el cielo quedó desierto. Una noche en la que la montaña se marchó de por siempre con sus brujas y sus demonios, y su vacío quedó de repente ocupado por un bosque nutrido de una peste del color de la plata. Y ellos llegaron con él.

»Desde esa noche nefasta este pueblo quedó maldito y abandonado por la mano de ese Dios que usted menciona —de nuevo, el posadero hundía su mirada en mi cuenco de caldo.

—Pero ¿qué habita esa niebla que tanto la temen? —dejé por un momento de comer. Mi apetito había desaparecido estrujado por una creciente angustia que exprimía mi estómago.

—Ellos —concluyó—. Como ya le he dicho, llegaron con la niebla, y de ella hicieron su hogar. Ellos son la misma niebla.

—¿Pero quiénes! —mi terror crecía con cada palpito de mi corazón.

—Ya los ha conocido, aunque aún trate de convencerse de lo contrario —musitó—. Si la niebla le rodea, ellos mismos le rodean...

Mi cuchara cayó estrepitosamente sobre el caldo dejando la mesa salpicada de sopa.

—Nadie sale cuando la niebla asalta las calles —insistió—. Lo más probable es que el osado termine esfumándose entre los sombríos misterios del bosque; arrastrado por aquellos que desde entonces serán sus hermanos en las tinieblas...

Un insoportable escalofrío se apoderó sin remedio de mi espina dorsal.

—¿Entiende ahora por qué debe marcharse?

Yo guardaba silencio sin hacer esfuerzo por tratar de ocultar mi terror. Aunque mi escepticismo intentaba convencerme de que todo debería tener una explicación verosímil, mi corazón se empeñaba en demostrar lo contrario—. Pase la noche aquí, si lo desea. Y márchese mañana por la mañana en cuanto repunte el alba.

Todavía agitado por los tétricos augurios del posadero, acabé finalmente con mi comida y subí a recogerme a la habitación que el hombre me había proporcionado.

No pude pegar ojo hasta bien entrada la madrugada.

*

Y de nuevo, el frío.

*

Un par de horas después de haber logrado conciliar el sueño, la excesiva humedad que me rodeaba me arrancó de repente de ese maligno retablo que

mi turbada imaginación plasmaba sobre el lienzo de mis pesadillas. Empapado y azotado por unas tiriteras incontrolables, mi corazón quedaba petrificado de horror cuando mis ojos consiguieron adaptarse a esa oscuridad que trataba de abrirse paso entre la omnipresente neblina. La bruma plumiza ya lo inundaba todo.

Lancé un grito de terror.

Llamé al posadero con palabras entrecortadas, apenas articuladas, pero nadie me respondió. Agarré mi chaqueta colgada sobre el respaldo de una silla y, poniéndome los zapatos en menos de un suspiro, salí catapultado de mi cama corriendo escaleras abajo.

No podía ser.

No podía creerlo.

No quería creerlo.

Mis cabellos se volvieron duros como las púas de un erizo de mar y mi sangre quedó tan helada como el infierno mismo de los Dioses del Norte. La puerta de la calle estaba abierta y el fuego del hogar había quedado sofocado por la misma humedad insoportable que lo dominaba todo.

Sin pensarlo dos veces, agarré un carbonizado atizador metálico que encontré junto a la chimenea y salí hacia la calle tratando de desandar mis pasos tan rápido como mis paralizadas piernas me permitieran. Tenía que regresar a mi vehículo.

A mi vehículo...

A mi vehículo abandonado en el bosque...

En ese bosque del que hace unas horas trataba de huir...

En ese momento no fui capaz de reparar en que a las afueras de la villa, lejos de la tenue luz que los farolillos de las calles arrojaban, no me encontraría otra cosa distinta de la más absoluta y primordial oscuridad. Una negrura acompañada de un aire tan denso como mi propia desesperación.

Estaban ahí.

Estaban ahí desde el momento en el que me despertaron en la posada. Ellos. Oía esos insoportables susurros transportados entre la etérea espesura, y ya no podía correr más. Ya no podía correr más.

Mi cuerpo no estaba hecho para tal clase de actividad; mi corazón no estaba preparado para tal clase de consternación. Y a pesar de ello mi paso era presto.

El bosque se cerraba más y más y más, mientras mis pies se hundían dolorosamente en el frío fango. Avanzaba impulsado por un extraño y atávico

instinto de supervivencia que parecía orientarme en el más hermético de los aislamientos. La niebla gris quedaba efímeramente iluminada por la luz de esa luna llena que, con seria dificultad, se alcanzaba a vislumbrar en ocasiones entre los escasos vacíos de las copas de los árboles más altos. Jamás había sentido un pavor tan electrizante como el que sentí aquella noche cuando, en mitad de mi demencial carrera, acabé tropezando con un instrumento metálico semihundido en el lodo.

Palpé con cuidado.

«Qué es esto».

Palpé de nuevo.

Era un cucharón. Un enorme cucharón. Uno... Uno como el del posadero. Ese espantoso instante de revelación generó un cúmulo de fuerzas y energías que floreció desde mi horrorizado interior e impulsó mis piernas en busca del umbral de del infierno.

Algo debía estar entumeciendo mis sentidos; algo profundo e indescriptible. Percibía el regreso como si resultara el doble, o quizás, el triple de mi primera marcha. El húmedo y sibilante rumor que de nuevo aterrizaba sobre mi nuca me hizo aferrar con fuerza el atizador y girarme como un relámpago golpeando el aire como si estuviera vivo.

Algo agarró mi brazo izquierdo, lo juro.

Algo tiró de mí con una intensidad sobrehumana y me arrastró hacia el interior del bosque. Eso, también lo juro.

Inmerso en la más absoluta de las oscuridades, a ciegas lancé otra estocada por el lado opuesto que debió de surtir su efecto, ya que la tensión que atrapaba mis músculos desapareció en un parpadeo.

Torné sobre mis pies en un par de ocasiones más; medio calculado, medio al azar. Y de nuevo arranqué a correr entre esa niebla maligna que ya había penetrado en lo más profundo de mi alma con la misma facilidad que lo había hecho en el desolado hospedaje.

Trastabillé otra vez y mis pies se hundieron en el frío fango. Y caí.

«No puede ser».

No podía creerlo.

«Cielo santo».

Algo debería de estar protegiéndome: me acababa de topar de bruces contra el capó de mi propio vehículo.

Corrí a tientas buscando su puerta.

Aquí está el faro. Aquí la aleta, y la rueda. El intermitente. Este es el

espejo retrovisor. El cristal. La manija de la puerta... Pero algo me agarró por el cuello. Y algo por los brazos. Y algo por las piernas. Y tiraron de mí. Tiraron muy fuerte de mí. Tiraron hacia atrás, arrastrándome a lo desconocido. De vuelta a la oscuridad interestelar. De viaje a un mundo al que no pertenecía.

*

Ya era la mañana siguiente cuando logré recobrar el conocimiento. Me hallaba dentro de mi vehículo, estampado contra un árbol a orillas de una carretera desconocida. Empapado, con un frío calado hasta lo más profundo de mis huesos, y mi mente enturbiada por la inevitable conmoción.

«No puede ser».

Miraba a mi alrededor. Veía las grietas del parabrisas dibujando caprichosos y quebradizos ríos de cristal. Veía el globo del airbag fuera de su pequeño cubículo, deshinchado. Veía los objetos de la guantera esparcidos por el suelo y por los asientos.

Pero es que...

Es que...

«No puede ser».

¿Acaso habría resultado víctima de una desafortunada pesadilla producida por la fatiga que me habría vencido mientras conducía? ¿Acaso hubiera sido un amargo sueño que en la vigilia habría durado un instante, pero entre mis terrores más inconfesables se habría alargado hasta el extremo del tiempo? ¿Sería quizás producto de la inconsciencia sufrida tras el impacto?

La palma de mi mano derecha ennegrecida por la carbonilla del atizador despejó mis esperanzas de toda sombra de dudas. Desde entonces, la pregunta que me atormenta cada vez que mi mente queda libre para pensar sin obstáculo es *por qué me dejaron libre*.

Sobre el autor

Francisco Javier Olmedo Vázquez es un autor cordobés nacido en 1980 y enamorado de la literatura de terror.

Para conocer un poco más sobre sus orígenes literarios, debemos remontarnos a su infancia allá por sexto de la antigua E.G.B., donde su profesora de lengua admiraba la imaginación su alumno solía mostrar, poniéndolo a prueba cada vez que podía con ejercicios de redacción libre. Por desgracia, ésta no acababa de convencerse con sus temáticas de corte tétrico y lúgubre, pues no eran apropiadas para un chiquillo de tan corta edad.

Intuía –la profesora– en el autor una facilidad para la escritura y la inventiva, por lo que le invitaba –por no decir «obligaba»– a escribir las obras de teatro que se representaban en su colegio cada año en navidad, para su curso, y para séptimo y octavo de E.G.B. Esta cuestión no se dio sólo en sexto curso, se repitió en los dos cursos posteriores. Debían ser obras para todos los públicos, evidentemente.

Años después, ya en el instituto, el autor se encontró fortuitamente con su profesora de lengua de E.G.B. Tras el primer cruce de palabras y entusiasmo por tan emotivo encuentro, las palabras de esta mujer fueron «¿has seguido escribiendo?». La respuesta, lamentablemente, le produjo cierta decepción. Y es que le contó que sí, que escribía, pero no más allá de las historias de fantasía que hacían de guía para las partidas de juegos de rol a las que jugaba con sus amigos del *insti*, y que redactaba en una vieja máquina de escribir Olivetti que su padre se compró cuando era joven.

Sus hazañas como escritor de tres al cuarto cesaron durante el lapso de tiempo que comprendió entre la adolescencia y los dieciocho años aproximadamente, pues no encontraba la vía para dar rienda suelta a la creatividad en un entorno enmarcado en una educación clásica y moral, aunque no religiosa, que hacían que todo lo exótico, lo tenebroso e irreal, lo insano, más allá de la fantasía de Dentro de Laberinto o La Guerra de las Galaxias, resultará extraño y preocupante.

En el año 1998, el autor comenzó la carrera de Ingeniería Informática – pues aunque siempre amó la lectura y la escritura, prefirió el estudio de la ciencia–. Fue ahí, en la primera semana del primer curso cuando conoció a su amigo Juan Luis Pérez, el cual le presentó a uno de los grandes de la literatura de terror: Howard Phillips Lovecraft. Juan Luis ya apuntaba maneras, pues a la fecha de la edición de este volumen es Doctor en Filología Inglesa por la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, y uno de los mayores referentes en castellano a nivel nacional –si no el principal– en lo que a investigación y conocimientos sobre HPL se refiere.

Lovecraft puso ante el autor las herramientas para encauzar ese ideario irreal que tenía en mente atrapado des-de la infancia, esa imaginería del inconsciente a la que no podía dar rienda suelta. Quedó fascinado por su cosmogonía, por la mitología que se creó a su alrededor. Tras leer la práctica totalidad de su narrativa, fue explorando su círculo más cercano –August Derleth, Robert E. Howards, Frank Belknap Long, Clark Ashton Smith, Robert Bloch, *etc.* –, sus precedesores –Edgar Allan Poe, Arthur Machen, Robert W. Chambers, *etc.*–, así como otros continuadores de su obra de un carácter más contemporáneo, como Thomas Ligotti o Stephen King, entre otros.

Con estas recién adquiridas herramientas, el autor comenzó a escribir un conjunto de historias de tono lovecraftiano, escritos en un principio para él y para todo aquel de su círculo de conocidos que quiso leerlos. Nunca se le ocurrió que sus relatos salieran más allá de dicho círculo. Fue la insistencia continuada de los que le leyeron, y el descaro que aportan la edad y la experiencia, los motivos principales que le llevaron a lanzarse a publicar la que sería la primera de sus novelas, que no la última, ***Bajo nuestros pies***, catalogada por multitud de blogs de literatura como uno de los mayores referentes de la narrativa de horror cósmico moderna.

Otras blasfemias...

Puedes encontrar más blasfemias como las que se esconden entre las líneas de este relato en los perfiles del autor: **Facebook**

<https://www.facebook.com/franciscojavierolmedoescritor>

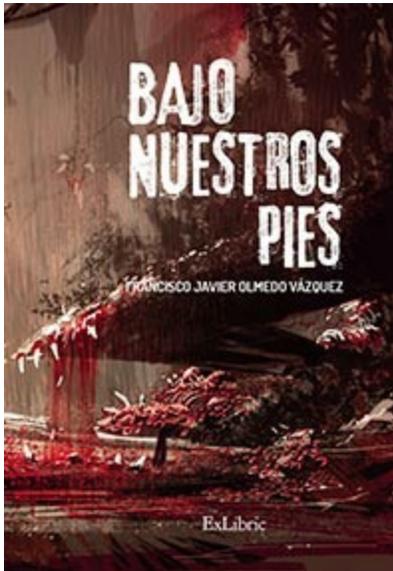
Instagram

https://www.instagram.com/fjov_escritor/

https://www.instagram.com/bajonuestrospies_novela/

Y si crees que tu mente es capaz de resistir las espantosas consecuencias de descender hasta las pozos más insondables de la tierra a la busca de sus malignos secretos, no te pierdas la novela...

BAJO NUESTROS PIES



A la venta en papel y digital:

[Amazon](#)

[Casa del Libro](#)

[Agapea](#)

[Gandhi \(México\)](#)

[SBS \(Perú\)](#)

Librería de la U (Colombia)
La Boutique del Libro (Argentina)